

dispuesta por el sumo Dios, á quien llaman Júpiter. Cita á Séneca que dice que á los que quieren los llevan suavemente los hados, y al que no, le arrastran por fuerza, y á Ciceron que impugna á los Estoycos, porque con Homero dicen que las voluntades de los hombres son segun las influencias que Júpiter envia á la tierra. Prueba contra Ciceron que dixo: no hay presciencia de lo futuro ni aun en Dios: y se opone por argumento algunas predicciones; pero no satisface confesar que hay Dios, y negarle la ciencia de lo futuro, es desvario; pero le pareció á este Orador que podria derribar los hados si concedia la presciencia, y no conceder el libre albedrio de la voluntad si estaban ya puestas las causas de lo futuro. Responde el Santo, que las causas fortuitas no son hados, sino causas ocultas para nosotros que Dios dispuso, y las voluntarias son del que crió las voluntades; que estas no estan fuera del poder

divino; antes bien fomenta y dirige las voluntades buenas, y condena las malas: la buena voluntad tiene causa eficiente en Dios; la mala no tiene causa eficiente, sino causa deficiente, que es la voluntad de la criatura: valdrá pues el argumento de Ciceron contra los Estoycos que llaman hados la disposicion de las causas; pero no contra nosotros que sabemos que las causas no tienen mas potestad que la que Dios les dió, y que nuestras voluntades buenas estan mas en la mano de Dios que en nosotros mismos. El que no dice como el necio en su corazon, *non est Deus*, no puede negarle la presciencia; pues sin esta no seria Dios.

CAP. X y XI. Prueba que en la voluntad no hay necesidad, pues la conciencia dicta á cada uno que hace esto ó aquello porque quiere. Quando decimos, es necesario que Dios exista, ó Dios no puede morir ni pecar, eso no es sujetar á Dios á necesidad; antes por lo mismo



es Todopoderoso. Quando decimos pues, quando el hombre quiere es necesario que sea con libre albedrio, no inducimos necesidad en él; antes por lo mismo es libre. Dios sabia las acciones que dependian de nuestra voluntad: algo sabia en esto; mas no porque Dios las sabia resultan necesarias. Sabe Dios que los futuros que hará la causa libre, como es el hombre, sucederán libremente segun es la naturaleza del hombre. Dios nos libre de negarle la presciencia; porque mal vive el que no cree bien en Dios. Responde al argumento de Ciceron, que dice: ¿para qué pues son las exhortaciones, si no se puede frustrar la presciencia de Dios? ¿para qué las oraciones, si sabe Dios lo que ha de conceder? Porque quiso concederlo por estos medios: quando el hombre peca, no peca porque Dios lo sabe: esta noticia de Dios es extrínseca á su pecado. Todo lo criado está baxo la providencia del sumo y verdadero Dios, uno en esencia, y tri-

no en personas. Quando el hombre pecó no le dexó sin castigo ni sin misericordia. Crió el género y especie que es, las semillas, formas y movimientos con que estas salen. Dió el oficio conveniente á las pequeñitas entrañas de los sectos, á la florecita, á la menor pluma de un páxaro; ¿cómo habia de dexar fuera de su providencia los reynos, señoríos y servidumbres de los hombres, que son los que le han merecido mas cuidado?

CAP. XII. En este capítulo dice, que supuesto que no puede atribuirse á los Dioses que eran demonios, ni á los hados la opulencia Romana, consistió esta en la voluntad del verdadero Dios. Eran los Romanos liberales y amigos de gloria, y con este vicio refrenaron todos los otros. No miraron la pompa Real como propia del que es cabeza y rige; y por esto desterraron los Reyes. El deseo de gloria produjo las heroycidas que estiman los hombres. Belona con su sangriento látigo los



instigaba á la guerra; y quando quiso Por-sena restablecer al Rey Tarquino, se arrojaban á las armas con fiereza. Conseguida la libertad, aspiraron al universal dominio, y sus Poetas los animaban diciendo, que Roma dexase á otros las artes, pues no debia conocer otra que la de gobernar las naciones. Al principio fue la ambicion de gloria la que los gobernaba, y esta es el vicio que se asemeja mas á la virtud, porque la honra y el mando es de buenos y de malos: procuraban adelantarse por el camino del mérito, no como los malos por el del engaño. Elogia á Caron, que no aspiraba á la gloria, sino á no merecer reprehension. Nuestra gloria, dixo San Pablo, es el buen testimonio de la conciencia. Los Romanos fuéron grandes mientras trabajaban en casa, y daban su parecer sin pasion. Salustio dice, que el haber vencido muchas veces con pequeños exércitos se debió á la virtud de pocos. Pero despues el vicio, que todo lo

destruye, fue la pobreza del comun, y la riqueza de pocos; y Dios que determinó que el imperio levantado en el Occidente destruyese los viciosos del Oriente, le favoreció mientras con el deseo de la gloria hizo callar á los otros vicios.

CAP. XIII y XIV. Habla contra los que miran á la ambicion como virtud, porque refrena á otros vicios. Cita á Horacio que le reprehende; y con esto arguye á los Christianos, que teniendo la hermosura del alma que apetecer, buscan las humanas alabanzas; sabiendo que aun Ciceron conoció que regularmente quando el honor alienta los estudios, se ven estos en desprecio. Estudiemos pues por parecernos á Dios, y vencamos el deseo de gloria con el amor á la justicia, y desterremos la ambicion, la qual se opone á la fe, "como podeis creer los que pretendéis recíproca estimacion entre vosotros." Los Apóstoles entre los oprobrios predicaron á Jesu-Christo: si lo alababan daban á



Dios la gloria, hacian las obras buenas, mas no porque los viesen los hombres, sino para que glorificasen á Dios. Las Escévolas y Decios eran de la ciudad terrena, y en ella buscaban la gloria. Los Apóstoles y los Mártires eran de la Ciudad de Dios, y allá la esperaban.

CAP. XV, XVI y XVII. No habia de dar Dios la vida eterna en su Ciudad por las acciones que animó la vana gloria, y le dió gloria terrena; y de este modo reciben el premio en esta vida. Se sacrificaron por su República, buscaron el interes comun: no atendiéron á respetos en dar su voto por el bien de la patria, caminos nobles de aspirar á la fama: ya pues la tienen en el mundo, y cumplió Dios con su justicia. En la Ciudad de Dios, en la que ninguno nace, porque ninguno muere, tenemos la felicidad: no nace en ella el sol sobre los buenos y malos, solo ven los buenos al de justicia; y si por el amor á la patria hicieron proezas los

Romanos, ¿qué no deberemos executar nosotros por el amor á la celestia patria? Mejor hubiera sido que los Romanos dierran sus leyes con humanidad, como despues quando concediéron á todos los de su Imperio el derecho de ciudad; pero pretendian la gloria de vencedores: ¡lástima es que hiciésen tanto por una gloria tan estéril! Nosotros sí que podemos animarnos á vencer los vicios, pues hemos de pasar de esta vida á la Ciudad de Dios, y de la compañía de los mortales á la de los ángeles. El asilo concedido á los reos juntó ciudadanos á Roma: ¿qué mayor aliciente para alistarnos en la Ciudad de Dios que el perdon de los pecados?

CAP. XVIII. Alega San Agustin las particulares acciones de algunos: un Bruto que degolló á sus propios hijos, porque maquinaban contra la libertad; á nosotros nos manda Dios que demos á los pobres de lo que atesoramos para los hijos. Si en este venció el amor de la patria al afecto



paterno, ¿qué haremos pues en dexar el afecto á los vicios por la verdadera libertad? No tenemos de que gloriarnos quando hacemos alguna accion por la patria celestial, ni el que no se pasa al bando de los enemigos de Dios por las persecuciones que padece, quando un furioso Camilo afligido con las ingraticudes de su patria todavia la libertó de los Franceses, porque no tenia otra patria. Los que no tenemos mas patria que la Iglesia, defendámosla de los Hereges. Si Curcio se arrojó armado al boqueron que abrió la tierra por mandato de los falsos Dioses, ¿qué debe hacer el que cae entre los enemigos de la fe, sino dar la vida por aquel Dios que dice, no temais á los que solo pueden quitar la vida del cuerpo? Si Régulo por el amor á la patria terrena se entregó por no faltar á la fe dada á sus enemigos á los crueles tormentos, ¿quáles son los que no deban despreciarse por la fe dada en el Bautismo? Uno de los fi-

nes: de haber premiado Dios á los Romanos con fama y dilatado imperio, fue estimular á los que pretenden el reyno celestial, y á los que adoramos al verdadero Dios, y no por los bienes terrenos que reparte ya á los buenos, ya á los malos, sino por hacerle compañía, y alabarle en la ciudad eterna.

CAP. XIX y XX. Despues de la diferencia que halla el Santo entre los que desean la fama, y no aspiran al imperio, y los que quieren llegar al imperio sin procurarse la buena fama, dice, que los segundos son los que pretenden por caminos indignos. La virtud consiste en el desprecio de la fama que Dios ve en el corazon. El que no hace caso de los juicios de los hombres, tambien desprecia el de los maliciosos; pero no la salvacion de estos. De los que apetecen el mando, y no la gloria, dice, que exceden á las bestias en crueldades: pone por exemplar á Nerón tan disoluto y afeminado, que no



se podia esperar ni temer de él acción de hombre. Si estos llegan alguna vez á reynar es porque los da por castigo de los pecados del pueblo. Los Romanos, supuesto que no tuviéron el verdadero culto de Dios, tuviéron unas virtudes útiles á la ciudad terrena, pero no la verdadera. Quando Dios pone la potestad en los que profesan la verdadera virtud y religion, lo hace así por misericordia, pues no hay mas felicidad para las cosas humanas. Los Filósofos que ponian la felicidad en la virtud avergonzaban á los que la ponian en el deleyte, diciendo que para conseguirle eran las virtudes de continencia &c.; porque á este hacian Señor del alma, y á las virtudes sus criadas, sirviéndole estas como á una mugercilla imperiosa: pero tambien podemos decir, que los que aspiraron á la virtud por la humana gloria, la hiciéron servir á una muger hinchada y soberbia: ¿qué razon hay para que la moderacion de la templanza y la distribu-

cion de la justicia no tengan mas fin que el de complacer á los hombres? El que tiene la verdadera religion, si tiene algo que agrade á Dios, lo mira como favor de Dios, á quien teme desagradar, le da gracias, y ora porque la sane mas de sus vicios.

CAP. XXI y XXII. No atribuyan los ídólatras la grandeza del imperio al culto de la multitud de Dioses, porque tambien se la dió al de los Persas, que á solos dos Dioses adoraron, uno bueno y otro malo: no siempre el verdadero Dios da á los buenos el reyno: porque le tuvo Mario y Cayo Cesar, se le dió el Señor á Augusto, y despues á Neron; y el que le dió á los Vespasianos benignos, le dió al cruel Domiciano, le dió á Constantino Católico, y á Juliano sacrílego. Estos sucesos los gobierna Dios por ocultas pero justas causas. Dios permite las guerras, y dispone que unas sean cortas, como la de Pompeyo contra los piratas, la de Esci-



pion contra Cartago; otras largas, como la primera púnica de veinte y tres años, la de Mitridates de quarenta, la de los Samnites que duró cincuenta: y los Romanos pasaron por el yugo, y no guardaron los pactos como era justo, porque solo eran justos por vanagloria: y digo esto para los que no saben de los tiempos pasados: los que esto saben no digan que con los Dioses extendieron con mucha rapidez el imperio, pues no ignoran que sufrieron las guerras y trabajos mas prolijos; y así no engañen á los ignorantes, culpando la Religion Christiana.

CAP. XXIII y XXIV. Arguye contra la ingratitude de los Gentiles que no reconocian la mano del verdadero Dios quando se presentó Radagais, Rey Godo, con un terrible ejército delante de Roma, y estaban muy confiados de que siendo adorador de los ídolos, sin duda le ayudarian los Dioses; y lo que nunca se vió, le derrotaron los nuestros, sin tener un muer-

to ni un herido: si no hubiera sido por este prodigio, ¿qué castidad ni qué vida se hubiera libertado? Castiga Dios con los Bárbaros la mala vida; pero sabe manifestar con un milagro que solo él era el remedio de las calamidades. No llamo yo felices á los Emperadores Christianos porque lograron victorias y vivieron muchos años, esto es de buenos y de malos: los llamó felices quando reynan con justicia, y entre las aclamaciones no se olvidan de que son hombres; quando no toman venganza por rencor, sino por gobernar bien; quando traen los apetitos á regla, y no exercitan las virtudes por la gloria vana, sino por llegar á la gloria eterna; quando con sus limosnas y oraciones tienen aquí la felicidad en esperanza.

CAP. XXV, XXVI y XXVII. Constantino á solo el verdadero Dios tributaba adoraciones, y este le dió mas riquezas que pudiera desear: fabricó á Constantinopla,



en la que no hubo templo alguno para los ídolos: oprimió á los tiranos, y despues muriendo de senectud, dexó á sus hijos el imperio: murió Graciano, justo, á manos de la tiranía; y (aunque las almas christianas no se consuelan con la venganza) le vengó Teodosio. De este modo le guardó fe aun despues de muerto; pues amparó como padre á Valentiniano, hermano pequeño, perseguido y despojado por Máximo: para oprimir á este no consultó los oráculos, sino al Santo Solitario Juan, y asegurado con su respuesta, quitó la vida á Máximo, destronó á Eugenio, cuya eleccion era ilegítima, y restituyó el trono á Valentiniano. Yo mismo oí, dice el Santo, á soldados que se hallaron en la batalla, que se levantó un viento que les arrancaba los dardos de la mano contra los enemigos, y se volvian sus mismas flechas contra ellos. No fue despues de la victoria vengativo como Mario y Sylla; antes prohibió que ninguno vengase en los

vencidos sus propias injurias. Derribó los ídolos para que no se creyese que les debia nada: su humildad la sabe todo el mundo. Concluye el Santo este libro, diciendo que sabia que habian escrito contra él; pero aconseja que no deseen por vanidad lo que no les conviene: que vale mas ser corregidos de los prudentes, que alabados de los ignorantes, que pregunten con seriedad, y consultando en sana paz, antes de contradecir.

## TOMO CUARTO.

### LIBRO VI.

CAP. I, II y III. Dice que es difícil arrancar las preocupaciones del error de los que hacen vanidad de no rendirse á las fuertes razones de los antecedentes libros: pero es ageno de todo buen discurso dexarse vencer de la arrogancia contra la demostracion. Entra pues á desengañar á los que decian que no adoraban á los